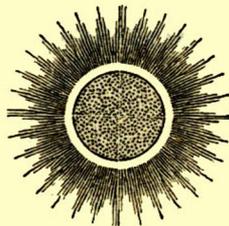


EL TRIUNFO
DEL
RADICALISMO
(NOTAS TOMADAS DE UN DIARIO DE VIAJE INÉDITO)
1895.



QUITO.—ECUADOR.
—
Editor: J. M. Suárez.
—
1897.

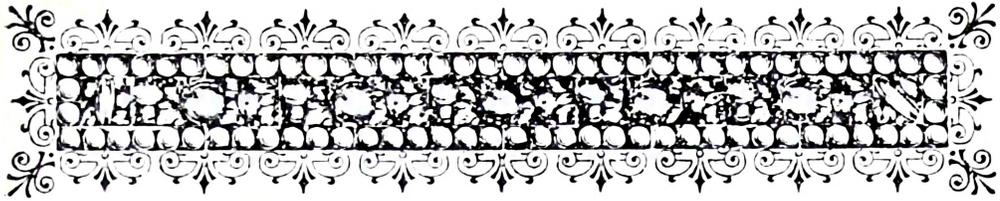
INV-6047124
01293

AL SEÑOR GENERAL

Manuel A. Franco,

*intrepida y abnegada campeón del
radicalismo ecuatoriano.*

El Autor.



ADVERTENCIA.



No soy sabio, no soy filósofo, y ni siquiera literato; soy un simple viajero que acostumbro consignar en mi cartera todo lo que observo, todo lo que llama mi atención en mi correría por el mundo.

Movido hoy por un vivo sentimiento de confraternidad, arranco estas páginas de mis legajos, para dedicarlas, en nombre de la Libertad, á todos los que aun sufren el látigo de sus tiranos.

Confíad y esperad, que los tiempos de la *Nueva Redención* se acercan. La voz de la verdadera Filosofía repercute ya por todos los ámbitos del mundo, y pronto será llegada la hora de la suprema justicia.

Con esta publicación me propongo atacar franca y directamente al *partido conservador*, y franca y directamente también *los abusos* que el clero comete en nombre de la Religión. Pero como los actores que figuran en la escena, confundiendo la Religión con sus personales intereses y desórdenes, pretenden para éstos, no sólo la *impunidad* sino también la más absoluta *inmunidad* de parte de la sanción social, no será extraño que califiquen de blasfemo é impío al escrito, y de hereje ó ateo á su autor. Pero yo, que sólo tengo en mira lo que creo un bien para la humanidad, acepto de antemano todos los anatemas que quieran lanzarme, invocando al Ser Supremo como único juez de mi conducta.

Un Radical.

Nota.—Ningún nombre propio figurará en este escrito, porque no se trata de personalidades: guerra al error, al vicio y á la iniquidad; pero cristiana conmiseración para con los delincuentes.



En ningún tiempo el sistema sacerdotal se había posesionado más absolutamente de una nación, ni la había reducido á más abyecto envilecimiento. Algunos años más de duración que hubiera tenido el reinado de los inquisidores, y tal nación no hubiera podido ser contada entre los pueblos civilizados.

Lamartine.

*
* *

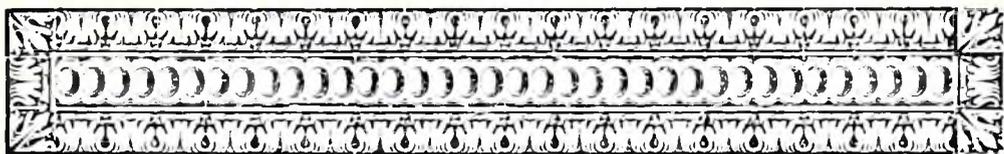
Una larga dominación terrorista y clerical, fanatizando las masas, aniquila en el hombre el sentimiento de su dignidad, entenebrece su razón y lo convierte en una *bestia pacífica*, que explota en tiempo de paz, y en una *bestia feroz* que irritan y lanzan sobre su adversario, en tiempo de guerra.

Diderot

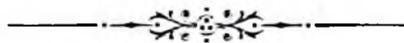
*
* *

A las naciones sólo se las encadena en las tinieblas; cuando la razón viene á demostrarles, la ignominia de sus hierros, se avergüenzan de llevarlos, y los rompen.

Regnault de Saint-Jean.



LOS PARTIDOS POLÍTICOS.



El *partido liberal* quitó al Papa el *dominio temporal*.

El *partido liberal* quitará al clero su *preponderancia política*, en todas las naciones.

El *poder temporal del Papa* y su sinónimo la *preponderancia política del clero*, caerán, porque no tienen razón de ser.

El *partido conservador* sucumbirá, porque es naturalmente inepto para hacer la felicidad de ninguna asociación política.

Su aliado perpetuo, el *bando clerical*, sufrirá en la derrota las consecuencias de su sacrílego contubernio con todas las tiranías.

Discurramos sobre estos puntos.

La *unidad italiana* resolvió práctica y definitivamente el problema del *dominio temporal*. El Papa mismo tiene conciencia de que le será imposible recuperarlo, contentándose con la creciente influen-

cia moral que todo el mundo le otorga, aun fuera de la cristiandad, en gracia de su alta virtud, de su gran moderación y de su profunda sabiduría.

Este es *el hecho* que palpamos y que ya nadie discute seriamente.

Lúchase ahora en cada nacionalidad por adquirir conquista semejante, arrancándole al Clero la especie de dominio temporal que de hecho ejerce en las naciones, invadiendo de una manera preponderante el campo de la política. Esta es ciertamente misión especial del partido liberal, que tan calumniado y escarnecido es hoy por la cleresía intransigente.

Examinemos desde su verdadero punto de vista la justicia de sus cargos.

El *partido liberal* sostiene y propaga el más justo, el más racional, el más noble y más hermoso de los ideales políticos que ha podido concebir la mente humana. La *cuestión social* hace, naturalmente, parte integrante de este programa de justicia práctica, por el que vienen clamando los pequeños de la tierra á través de los siglos, en medio de sus lágrimas y de sus miserias, en lucha sorda, y á veces trágica, contra sus inicuos opresores.

Si el partido conservador, fuera, como el liberal, un partido esencialmente político y social, es decir, un partido filosófico y no un partido religioso, su derrota en el mundo estaría consumada irremediablemente desde el principio de los tiempos, porque su programa es demasiado pobre, demasiado estrecho y egoísta, comparado con la exhuberante brillantez de razón y de justicia que exhibe el programa liberal.

Comprendiendo esta desventaja, el partido de los opresores de la humanidad se ha parapetado siempre hipócritamente bajo la excelsa egida de la Religión; y es él quien sistemáticamente y por interés propio, ha estimulado y aguzado el apetito político y de dominio temporal que ya de suyo ha tenido y tendrá siempre el bando clerical; y es él quien le da la fuerza de su brazo para que, aunada al dominio de las conciencias que posee el otro, se repartan en avaricioso consorcio el imperio del mundo.

Esta alianza, cobarde de parte del conservatismo, y sacrílega de parte del Clero, los coloca naturalmente á ambos en la categoría de beligerantes en la campaña secular que el liberalismo sostiene, como defensor y vengador de los fueros de la humanidad y de la justicia.

Hé aquí explicado el conflicto, no entre la Religión y el Liberalismo, como maliciosamente proclaman los hipócritas, sino entre el Liberalismo y los inicuos traficantes que se llaman Ministros del Señor.

El Liberalismo sí ama, respeta y venera á la verdadera Religión; lo que no ama, respeta ni venera es á los sacerdotes concubenarios, á los sacerdotes corrompidos y corruptores, á los sacerdotes explotadores y avaros que se complacen en esquilmar al pobre, en obsequio de su regalada vida: esto es lo que no quiere ni querrá jamás ningún hombre de conciencia.

Dios sabe cuánto es respetada la verdadera Religión por todo liberal de principios, en el santuario de su conciencia; y si alguna vez el liberalismo ha perseguido, desterrado, aprisionado y aun degolla-

do clérigos, no ha sido ciertamente en su calidad de tales clérigos, sino en su calidad de *enemigos políticos*, en que ellos mismos se han colocado *á priori*, hostilizando, injuriando, calumniando y hasta haciendo armas por el sostenimiento, no de la Religión, como arteramente sostienen, sino por el mantenimiento de sus injustas regalías personales y de su insana preponderancia política.

Dije que proceden maliciosamente los que quieren hacer creer que hay un verdadero antagonismo entre la Religión y el Liberalismo, y voy á demostrarlo.

El partido liberal ha consignado en su programa y sostenido siempre el siguiente principio:

“Tolerancia de cultos, siempre que sean compatibles con la moral y la decencia pública, y con la seguridad y tranquilidad del Estado”.

Con esto queda dicho que no es enemigo de ninguna religión, y menos de la católica, que tiene por la más aceptable, en cuanto se la presenten despojada de todas las supercherías y fanatismos con que la gente del gremio suele adornarla para mejor explotar á la gente sencilla y timorata.

Si todos los sacerdotes se encerraran en su legítima esfera de acción; si todos se limitaran á velar por la salud de las almas y por la práctica de la moralidad pública y privada; si se limitaran á sostener en la conciencia de los pueblos los sagrados preceptos que les están encomendados, haciendo efectiva la práctica de la caridad universal que les recomendó Jesús, y respetando el fuero interno de los disi-

dentes,—entonces se convencerían de que cualquiera nación (como sucede en los Estados Unidos) puede muy bien llegar al colmo de la civilización y de la prosperidad, cobijando bajo su bandera á todas las religiones del mundo, siempre que la intransigencia y el exclusivismo de alguna de ellas no la hagan indigna de figurar en el consorcio de la confraternidad humana.

Esto, *y nada más que esto*, es lo que quiere y ha querido siempre el Liberalismo; los que le atribuyen otras miras, lo calumnian miserablemente y á sabiendas.

La superchería del decantado conflicto religioso podrá atraerle prosélitos al partido conservador entre las gentes timoratas y el sencillo vulgo, lastimosamente embaucado por los mismos que lo esquilmán y lo desprecian; pero ante la perspicaz mirada del filósofo y de la gente de razón, tal superchería sólo sirve para acrecentar y aquilatar el fervor generoso, por la libertad y la justicia.

Fijemos ya la posición del clero; hagámosle el favor de apartarlo de la borrascosa corriente del siglo, que lo arrollará sin remedio si resiste, y traigámoslo á la serenas regiones de la paz y de la caridad evangélica, únicas propias de su misión en este mundo; y para llegar á este fin, en vez de entrar en disquisiciones filosóficas, lo mejor y más directo será atenernos á lo que la práctica ha demostrado como eficaz en algunas naciones avanzadas. Es lo siguiente:

1º. Declarar al clero legalmente incapacitado para ejercer ninguna función política; por consiguien-

te, ningún sacerdote podrá elegir ni ser elegido, ni desempeñar ningún cargo público. 2º. Prohibirle absolutamente, so pena de inmediato destierro, el ocuparse de palabra ó por escrito, en la cátedra ó fuera de ella, de ninguna exposición ó disensión política.

Ciudadano de la patria celestial, la misión del sacerdote debe ser exclusivamente relativa á la práctica de las virtudes cristianas, que abren las puertas del reino de los cielos; en cuyo campo encontrarán, no sólo la protección de los poderes públicos, sino también la consideración y el respeto de todos los hombres sensatos, como justo y natural homenaje rendido á la santidad y á la austeridad de costumbres de que den ejemplo á la sociedad.

Esto en cuanto á lo político; en cuanto á lo civil:

1º. Incapacidad legal para adquirir y poseer, por otro medio que por herencia, ninguna propiedad ó capital destinado á la reproducción ó aumento por medio de la industria ó de la renta.

2º. En cuanto á los medios de subsistencia, los estrictamente necesarios para llevar una vida independiente, decente y decorosa, pagados de por vida por las rentas del Estado, aun que por vejez ó enfermedad no puedan desempeñar actualmente las funciones de su cargo.

Por consiguiente, ningún acto religioso, como bautismos, matrimonios, entierros, misas, sufragios, etc. estará sujeto á remuneración alguna por parte de los fieles.

Con el objeto de que por ningún motivo llegue á ser precaria la subsistencia del Clero, se declarará su honorario como gasto de primera clase y pagadero en primer término.

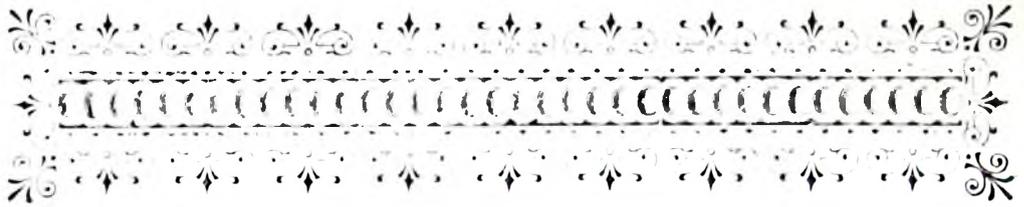
Colocado así el Clero en su justo puesto, veamos qué le queda al vergonzante partido conservador, que, careciendo de savia propia y de ideal, como de razón y de justicia, sólo ha podido medrar á la sombra de todos los fanatismos, de todas las ignorancias y de todas las tiranías.

Conservadores! Venid ahora á combatir á cara descubierta, exhibiendo vuestro raquíptico programa de refinado egoísmo, de pretensiones absurdas y de inepeias increíbles.

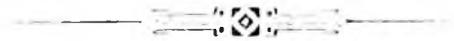
Venid y demostrad vuestras fuerzas y aptitudes para gobernar las sociedades, en el campo social y económico, como en el civil y político.

Nó, no vendréis, porque tenéis conciencia de vuestra ineptitud. Vuestro único papel en la dinámica social y política será en lo porvenir, servir sólo de lastre y contrapeso para que el águila caudal del liberalismo no festine en las regiones del ideal sus exhuberancias infinitas.

Esta es la sentencia inapelable del siglo XIX; el siglo XX la ejecutará, llevando por todos los ámbitos de la tierra, en alas del vapor y de la electricidad, estas hermosas palabras, que son las síntesis del Liberalismo: "¡Libertad! ¡Igualdad!, ¡Fraternidad!"



LA CUESTIÓN RELIGIOSA ANTE EL LIBERALISMO



La existencia de distintas religiones, desde que el mundo es mundo, es *un hecho* indiscutible y providencial, en cuanto permitido por Dios, desde que dió al hombre la razón y el libre albedrío.

El hombre político tiene que atenerse á *los hechos*, cuando no está en su mano el destruírlos.

Estos *hechos* demuestran que la moral social que se deriva de cualquiera de las religiones del mundo civilizado, es prácticamente suficiente para que los hombres de todas esas religiones puedan llevar vida común, bajo el dominio de cualquier bandera política; por tanto, no hay razón ninguna para dividir la humanidad, poniendo entre sus distintas agrupaciones barreras metafísicas, con perjuicio notorio de sus bien entendidos intereses y de su engrandecimiento común.

Humanamente considerado, no puede juzgarse de la excelencia y eficacia de ninguna religión, si no es por sus efectos externos y por la moralidad práctica que de ella se derive; y mal puede abrogarse el imperio exclusivo una religión que no logre demostrar que *sólo con ella* hay virtud y moralidad en las sociedades. Yo he visto sociedades protestantes que podrían servir de modelo á muchas sociedades católicas, que también conozco, en punto á moralidad. Dios sabe que no calumnio: he visto muy de cerca, y *en el país más católico del mundo*, á mucho confesador hipócrita y á mucho sacerdote sacrílego, para quienes la religión católica no ha sido más que un velo para encubrir la perversidad de sus conciencias.

Ante estos *hechos*, la venda tiene que caer y la vista tiene que dilatarse en busca de horizontes más amplios y racionales, dentro de los cuales pueda la humanidad llegar á su común destino, por el mejor camino que la Providencia le depare.

Admitida la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y las penas y premios de la otra vida, tenemos establecido el sólido pedestal de la moral universal, bajo cuyos preceptos pueden vivir y entenderse todos los hombres. Las creencias particulares y prácticas diferentes son para el político cosas secundarias, á las que el hombre civilizado otorga fácilmente su tolerancia, en gracia de los intereses comunes de la humanidad.

Si se le niega á la razón el derecho que tiene para buscarse una religión, habrá de convenirse en-

tonces en que cada hombre estará obligado á *mantenerse* en la religión en que nació; y como este no es un hecho que dependa de su voluntad, sino un hecho casual, fortuito, ó si se quiere, providencial, ninguna religión tiene derecho para pretender aniquilar á las demás; de manera que, de uno ó de otro modo, la *tolerancia* se impone.

Pero *el partido liberal* es el que sostiene y practica esta *tolerancia*, necesaria al progreso humano y reclamada por la razón universal; luego *el partido liberal* tiene que ser, y lo será algún día, el único partido que rija al universo.

Más no se crea que para los que creemos y practicamos la verdadera religión de Cristo, esta *tolerancia* en materia religiosa signifique *indiferencia religiosa*; nada más falso que esta suposición; porque si bien al *partido conservador* le basta la *fuerza bruta* para *reinar* sobre los pueblos, *el partido liberal*, por el contrario, trata de reemplazar *esa fuerza* por la *razón*, la *virtud* y el *criterio propio*, para *dirigir* la marcha de la humanidad á su común destino, por la sola fuerza de la justicia. Necesita, pues, *el partido liberal* del concurso religioso (sea cualquiera la religión de los asociados) siempre que esta religión no sea un mito lleno de prácticas absurdas cuanto estériles para el perfeccionamiento social. No quiere, pues, *el partido liberal* una religión puramente ideal y metafísica que sujete á los masas á prácticas supersticiosas, sin que de ella se derive de una manera activa, tangible y eficaz *la moralidad práctica*, ese freno celestial que sabe mantener al hombre en el límite de lo honesto

y de lo justo, en el comercio humano. Esto es lo que quiere la doctrina liberal,—doctrina de luz, de razón y de virtud, cuyo apostolado sublime encuentra (¡quién lo creyera!) la más tenaz, la más activa é insana guerra de parte de los que se llaman ministros de Jesús.

¡Ah! Si Él se dignase dirigir su divina mirada sobre la sacrílega conducta de estos degenerados hijos de su santa doctrina,—que, adulterándola sólo consiguen hacerla odiosa,—tendría que separarla lleno de indignación sublime, y exclamar: “¡Hombres miserables! Mi excelsa investidura ha resultado demasiado grande para vuestra mísera condición. Cesad de profanarla; dejadme la inmediata dirección y asistencia de esa querida criatura mía, á quien no hacéis más que conducir á las tinieblas para mejor explotarla en favor de todas' las concupiscencias de la tierra, con que sacrílegamente habéis remplazado las humildes y evangélicas virtudes de que os hice apóstoles y depositarios. Id y recoged en las lóbregas regiones del averno el premio merecido por vuestra pérfida conducta. En cuanto al *Liberalismo*, á quién odiais porque os compele al exacto cumplimiento de vuestros sagrados deberes, dejad que venga á mí y que sea el objeto de mi augusta complacencia, si logra afianzar en mi verdadera doctrina el poder social que necesita para realizar en la tierra mi excelsa voluntad.”

El mundo parece haber entreoído ya estas palabras del Altísimo; la nueva era comienza ya en todas las latitudes de la tierra; la campaña está empe-

zada; los combatientes de la nueva causa afluyen de todas partes; la causa es justa, generosa y santa: el triunfo será infalible, porque es llegado el tiempo de la verdadera libertad y de la fraternidad universal.

¡Adelante, pues, adalides del progreso; el porvenir os pertenece.!





RASGOS CARACTERÍSTICOS-



En mi vida de viajero he logrado recoger algunos datos que he juzgado de mi deber consignar en mi cartera, para meditación de los filósofos y advertencia de los que no lo son.

Hallábame un día en la plaza principal de un pueblo esencialmente conservador y católico, que se hallaba en plena guerra civil. Junto á mí se encontraba un pobre artesano, recostado á un pilar, en actitud meditabunda. A pocos momentos se me acercó la primera autoridad política del pueblo, con quien estaba yo relacionado, y, preocupado con las noticias desfavorables que el telégrafo acababa de comunicarle, empezó á participármelas con aire muy agitado. De repente, advierte la proximidad del artesano, y, creyéndolo ya enterado por él mismo de la reservada noticia que le preocupaba, se lanza sobre él, enfurecido y diciéndole: “¡Canalla! ¿Qué ha-

ces ahí, acechando nuestras palabras”—“Señor, yo estaba aquí hace rato,” replicó el artesano—“Calla, insolente,” y le cayó á empujones y patadas. Luego se volvió hacia mí, diciéndome: “*Así es necesario tratar á esta canalla*”

Como las noticias eran gravísimas para el Gobierno, se empezó en seguida un reclutamiento horroroso.

Al día siguiente, muy temprano y estando yo en la misma plaza, ví una patrulla que entraba con algunos hombres amarrados con las manos á la espalda, y entre ellos distinguí al mismo artesano de la escena anterior. Acércome y le pregunto qué *nuovo delito* ha cometido—“Señor, acaban de sacarme de mi taller y me traen en este estado, para que vaya á morir en defensa de” El artesano no terminó la frase; pero sus ojos brillaron con un relámpago de indignación sublime.

Comprendí al momento todo su pensamiento, y me alejé, seguro de que aquel bravo hijo del pueblo sabría cumplir con su deber.

Al día siguiente, por la noche, los enemigos atacaron la plaza, y el primer disparo del artesano fué sobre el pecho del inicuo magistrado que lo pateó la víspera, llamándole *canalla*: él mismo le había puesto en sus manos el arma vengadora. No aconsejo la venganza; pero apunto su posibilidad. ¡Verdugos de la humanidad, recoged esta lección!

La nación en que esto sucedió es una República, y esa República se llama *democrática*; sin embargo, sus mandatarios son conservadores aristócrata-

tas, que no disimulan su profundo desprecio por el pueblo.

¡Oh pueblo desgraciado! Mirad cómo se os trata; sólo sois bestias de carga: os utilizan, y os desprecian. Tened bien entendido: sólo *el partido liberal* os compadece y os ama. Su triunfo será el triunfo de la libertad, de la justicia y de la confraternidad universal. Sacudid el manto de ignorancia con que de intento se os cubre para mejor explotaros, y tended vuestras miradas á las regiones de la luz, con que os convida el partido redentor de todos los que sufren.

*
* *

“Voy á presentarle al Señor Cura,” me dijo un amigo que paseaba conmigo, al encontrarnos en la calle con el párroco de la ciudad.—“Qué tal sujeto es el Señor Cura,” le pregunté.

—“Excelente”, me contestó. “Si fuera un poco mas ilustrado, sería el modelo, el tipo acabado del verdadero sacerdote”. Ante tan lisonjera recomendación, consentí en serle presentado.

Si el sacerdote es bueno (y si además es ilustrado, mucho mejor) gusto de aproximármele y de merecer su estimación; pero si es indigno del hábito que lleva, pongo esmero en excusar su encuentro, por no hacerle sentir la repugnancia que me inspira.

En el primer domingo posterior á mi llegada, asistí á misa, y cuál no sería la impresión que experimenté al oír á mi *excelente* Cura lanzando desde el

púlpito y con el lenguaje más soez y grosero los más hirientes insultos contra los *radicales*, que á la sazón hacían guerra certera al gobierno terrorista y clerical que los tiranizaba.

Aquel pobre sacerdote parecía haber perdido la razón; parecía un energúmeno poseído del demonio, lanzando, en la jerga más inculta, toda clase de improprios y de absurdas calumnias contra los pobres liberales. Su auditorio se exaltaba como movido de un sentimiento de exterminio, y lanzaban miradas de antropófagos sobre algunos pocos liberales que había en el templo. Yo me retiré consternado, al considerar el crudo fanatismo de aquel sacerdote y de aquel pueblo, y resuelto á no pisar más aquel siniestro recinto.

Algunos días después, supe que se había dicho una misa especial para el cuerpo de reclutas organizado por el mismo sacerdote para partir á la guerra. Después de un sermón endemoniado, el Cura bajó del púlpito, distribuyó raciones á su tropa, dentro del mismo templo, y á medida que los racionaba les echaba la bendición y los exhortaba á combatir con entusiasmo en defensa de la Religión; que nada debían temer; que si morían, su salvación era tanto más segura, cuanto mayor fuera el número de *herejes* que sacrificaran. Una jauría de lobos hambrientos, sería menos terrible que esta turba de fanáticos. Estas son las verdaderas *bestias feroces* de que nos habla Diderot.

¡Y á este Cura ignorante, loco y estúpido, á esta verdadera furia del averno, es á quien este pue-

blo, más estúpido sin duda que él, venera y tiene como Cura *excelente* y sacerdote *modelo*!

*
* *

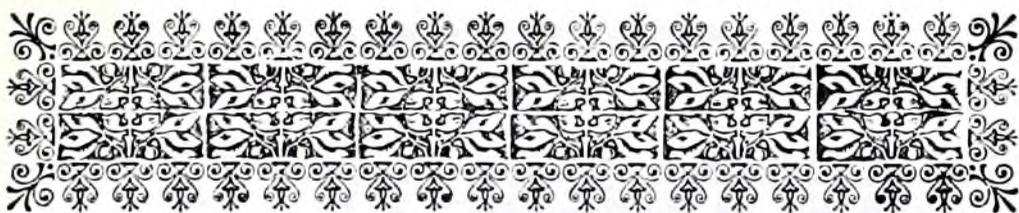
Pero veamos otra *excelencia* de este Cura *modelo*. El templo está lleno de *indios*; la algazara es inmensa; la danza salvaje é idolátrica de los tiempos primitivos está allí en todo su vigor; las fuertes libaciones dan á la fiesta todo su entusiasmo; el Cura discurre por en medio de la turba con aire sonriente, haciendo su *colecta*; la *alcancía* se ha llenado y es justo que termine la fiesta; el báquico alborozo se disipa, y los *indios* yacen borrachos en la puerta del templo Loado sea Dios! ¡Viva la Religión! ¡Viva el Cura modelo!

Pobres *indios*! “¡*Infelices acémilas ecuatorianas!*!” como gráficamente os ha llamado un hombre de corazón de este país: Todo el perfeccionamiento que debéis al régimen terrorista y clerical, se reduce á saber *emborracharos* (con el debido permiso del Cura) tres días en la semana, á *rezar* los otros cuatro, y á *robar* todos los siete días de la semana,—sin duda, también con el permiso del Señor Cura, para que tengáis con qué pagarle sus misas, sus responsos y sus bendiciones de *santos nuevos*; porque de otro modo no podría explicarse tanta confesión á la par de tanta corrupción. Y no se crea que esto sucede sólo con los *indios*: el embrutecimiento, la degradación, la falta absoluta de moralidad, es un vicio general entre cierta gente de estos lugares, vicio

que no puede menos que chocar al extranjero desde que pisa estas tierras; el robo, sobre todo, es un *hábito* característico. Ud. puede tener la prueba ó la convicción íntima de que tal sujeto le ha robado; pues puede Ud. estar seguro de que le continuará robando, á pesar de sus cotidianos golpes de pecho y sus diarias confesiones. Así que, un católico de esta tierra es el ser más peligroso que Ud. puede imaginarse: él puede hacerlo todo, seguro de que el confesonario lo lava todo. Todo le es permitido, con tal que le bese humildemente la sotana al *taita curita*; con tal que pague en su época la misita y el responso; con tal que no falte el regalito para mantener la mancha de *sobrinitos* que Dios ha dado al *taita cura*; con tal en fin, que la *bestia pacífica* esté bien domesticada.

Echar abajo toda esta iniquidad y toda esta superchería, que avergüenza á la humanidad, es sin duda misión santa. Destruir esta infame explotación, es lo que estos fariseos llaman destruir la Religión. ¡Oh pueblo desgraciado! despierta de tu triste servidumbre y abre los ojos á la luz de la razón. El Partido liberal ha roto ya tus cadenas y os invita á ser *hombres* en nombre de la justicia y de la libertad.





NINGÚN POBRE PUEDE SER CONSERVADOR.



Es punto capital para un conservador el ser noble de pura sangre y descender de los cuernos de la luna; y en esto funda su *derecho* á considerarse como de una clase privilegiada y superior al resto de la humanidad. Aquello de que “*todos somos hijos de nuestro padre Adán*”, no es para un conservador sino una quimera inventada por algún ruín hijo de Cam.

Para ellos es el mundo, y sus grandes haciendas, y sus fabulosas riquezas, y todos los goces de la vida; para vosotros, pobres labriegos, pacientes artesanos, tristes jornaleros; para vosotros todos los desheredados de la fortuna que estáis obligados á amasar el pan de cada día con el sudor de vuestras frentes; para vosotros sólo existe el látigo del mayoral, que os obligará, de grado ó por fuerza, ha servir bien á vuestro Señor y dueño; y cuando hayáis agotado vuestras fuerzas en su servicio, ahí os quedan las plazas públicas para que mendiguéis un mendrugo, ó

para que sucumbáis á la miseria: el caballo viejo que ya no puede con la enjalma, no tiene otro derecho que el de ir á morir al aire libre.

Vosotros, *pobres diablos*, no sois ciudadanos de la patria en que vivís y que fecundáis con el sudor de vuestro rostro. Según los principios conservadores, para ejercer el primero y principal de los derechos de un ciudadano, que es el de elegir á sus mandatarios, se necesita tener hacienda, ó una renta calificada,— y vosotros sólo tenéis vuestros andrajos y vuestra miseria; y si acaso se os hace *la gracia* de admitiros á la mesa electoral, no creáis que sois dueños de vuestro criterio y de vuestra voluntad; no podéis olvidar que tenéis *un amo* que os azotará y os despedirá al día siguiente, si no votáis según su indicación.

Y mañana, cuando la ola enfurecida de la justicia amenace derrocar el trono de vuestro Señor, vosotros, *pobres canallas*, tendréis que ir, de grado ó por fuerza, á morir por vuestro amable dueño; porque habréis de saber que no sólo le debéis vuestros sudores, sino que le debéis también vuestra vida.

Pero, me diréis, ¿no sucede lo mismo bajo el dominio liberal?—Sí, *aparentemente lo mismo*; pero con esta diferencia fundamental: que el partido liberal pide de vosotros esos servicios, pero considerándoos como hermanos y tratando siempre de suavizar vuestra situación con una conducta verdaderamente fraternal. El Partido liberal es el que ha creado *en vuestro favor* una ciencia nueva, *la ciencia social*, cuyos difíciles problemas agitan hoy al mundo, y que acabarán por resolverse á la luz de la caridad cristiana

y con la fuerza de vuestro brazo. Ya véis, pues, que si en los momentos de prueba os llama á la lucha, es sólo para conquistar, *con vosotros y para vosotros*, el dominio de la equidad en el mundo. El os instruye en el conocimiento de vuestros derechos naturales, y luego os conduce á la victoria, para que entréis en la posesión de esos mismos derechos, cuya ignorancia os tiene aletargados á los pies de vuestros amos. El cuida de vuestra subsistencia, fundando talleres bajo un régimen que concilie el interés del capitalista con vuestro propio interés, en tanto que seáis robustos y fuertes para el trabajo; y cuando llegue el tiempo de vuestra inutilidad, ese mismo taller que humedecisteis con el sudor de vuestra frente en vuestros días de vigor, os continuará dando el sustento, como lo hiciera un hijo agradecido con su padre valedudinario. El cuida de que, por una inteligente combinación con el capitalista constructor, el alquiler mensual que paguéis por vuestra habitación, os haga dueño de ella, al cabo de cierto tiempo, teniendo así un albergue de vuestra propiedad para guarecer á vuestra familia después de vuestra muerte. El cuida de que con los obligados ahorros de vuestro jornal en los días de prosperidad, tengáis una reserva segura para los malos tiempos que puedan sobrevenir. El cuida de que, si os halláis enfermos y sin familia, encontréis un establecimiento de beneficencia donde curar vuestras dolencias. El cuida, en fin, de que vuestros hijos encuentren escuelas y colegios donde ilustrar su entendimiento y formar su corazón; y merced al noble y generoso empeño que despliega

sobre el particular, podéis esperar que vuestro hijo, si tiene aptitudes, pueda elevarse, desde vuestra humilde condición de jornalero (¡OÍDLO BIEN!) hasta las más altas dignidades del Estado; porque para un verdadero liberal no hay distinción social ninguna, si no es la que se funda en el talento y la virtud; para él no hay negros, ni zambos, ni cholos, ni indios; sólo hay hombres dignos ó indignos, según su mérito moral é intelectual.

Debido al Partido liberal es que ha habido un *indio* JUÁREZ, que hizo morder el polvo á la *nobleza de Ausburgo*, en la persona del intruso Emperador Maximiliano de Austria, trepándose en seguida, por la sola fuerza de su carácter y de su genio, al solio presidencial de la más poderosa república latino-americana.

Debido al Partido liberal fué que hubo un *labrador* de los E. E. U. U. que tuvo la dicha de ver á su hijo, al célebre LINCOLN, ocupando la silla presidencial de la república más próspera y más poderosa del mundo. Estos son hechos que la historia registra con orgullo, como una de las más hermosas conquistas de la civilización.

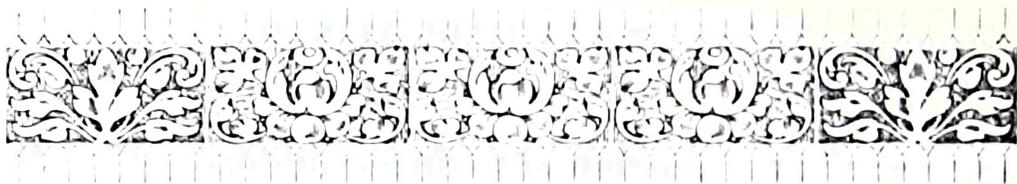
Resumamos: para el conservatismo no sois más que unos parias despreciables, sujetos por necesidad á la triste condición en que os cupo nacer; para el liberalismo sois *hombres*, dignos de aspirar á todas las distinciones á que podáis alcanzar con vuestro mérito y con vuestro genio.

Comprendido todo esto ¿decidme si no es una lamentable estupidez el que haya hijos del pueblo

que se llamen y puedan ser conservadores! ¡Qué digo! ningún hombre de corazón verdaderamente noble, cualquiera que sea su posición social, puede sinceramente vacilar entre los inicuos, egoístas y anticristianos principios conservadores, y la humanitaria, generosa y evangélica aspiración del partido liberal.

La diferencia es inmensa, y por eso ese partido oscurantista es el encarnizado enemigo de la prensa libre; porque basta que sus rayos iluminen la conciencia de los pueblos, para que el incendio brote por todas partes, amenazando destruir el edificio de sus iniquidades.





CRÓNICAS Á SOTTO VOCE.



El furioso vendaval de una guerra civil asolaba á mi patria, y quise ir á pasar la borrasca en un país que de antiguo gozaba de una tranquilidad patriarcal, bajo un régimen netamente conservador y católico. Su fama me sedujo y arribé á sus playas.

Un día después de instalado en mi hotel, llegó una jóven pareja que acababa de contraer matrimonio en otra vecina República, y desde luego nos relacionamos con la más franca cordialidad.

En ese mismo día llegaron dos jóvenes sacerdotes de los vecinos pueblos, que venían á *ejercicios*. Llamán así á una vida de recogimiento y penitencia, de austeridad y oración á que anualmente se entrega el clero en los centros principales, á donde son llamados por sus superiores en cierta época del año.

A la hora de la mesa, que nos pusieron en común en el salón principal, nos fué preciso rela-

cionarnos. Después de las frases de recíproco ofrecimiento, los jóvenes levitas, diciendo estar muy complacidos con nuestra compañía, empezaron á pedir diferentes licores y á obsequiarnos con particular insistencia.

Aceptamos gustosos los primeros brindis, que fueron suficientes para volar los cascos á los entusiastas cleriguitos; con lo cual perdieron la chaveta y empezaron á mostrar la oreja. ¡“Que viva el vino y las mujeres hermosas!”; fué el *introito* del más sanguíneo de aquellos tenorios de sotana. Al momento, la señora y su joven esposo se levantaron, con ademán digno y expresivo, y yo los seguí á su cuarto. Los anfitriones se dieron por resentidos con nuestra conducta, y abundaron en impertinentes instancias, que fueron desatendidas.

No queriendo ellos continuar solos su bacanal, se fueron en busca de la dueña del hotel y de su hija, que naturalmente tenían que ser complacientes con sus amables huéspedes. La provisión de licores se renovó, y ya no fué posible contener la corriente. Aquellos entusiastas hijos del placer se encontraron en su elemento, y de cuando en cuando se oían frases como las siguientes, “*Gocemos de la libertad, que mañana nos encerraremos!*”; “*mientras que el Papa está en Roma, buena será la broma*”.

Entre tanto, hacíamos nosotros los comentarios del caso sobre aquella escandalosa escena, tan indigna y tan diferente de lo que nos prometíamos del clero de un país tan cartujo, según la fama.

Después de dormir hasta muy tarde, los aficionados sacerdotes continuaron en el día siguiente sus dulces libaciones, encerrados en su cuarto; yo permanecía en el mío, y la jóven esposa estaba sola en el suyo, por haberse marchado su marido á la calle.

De repente, viene un criado á mi puerta y me dice que la señorita vecina me mandaba á llamar.— Voy en el acto, y me comunica que aquellos infames habían estado mandándole recados obscenos con su sirviente, y que últimamente le habían mandado á decir que iban á pasar á su cuarto, por lo cual me había mandado á llamar para que le hiciera compañía. Volví en el acto á mi cuarto, tomé mi revolver y fuíme á acompañar á aquella estimable joven, tan villanamente irrespetada por aquellos bestiales y groseros sacerdotes, que ni siquiera sabían ser caballeros en sus desórdenes.

A pocos momentos pasaron por delante de la puerta, medio ebrios y mal vestidos, dirigiendo miradas de pícaros y frases de taberna. Nosotros fuíamos leer los diarios que estaban sobre la mesa, en la cual coloqué mi revólver, en parte bien visible. Ellos se retiraron en seguida, sin dirigirnos directamente la palabra, pero con frases alusivas á nuestra mojigatería de la noche anterior.

La señora me consultó si comunicaría á su esposo lo que acababa de pasar; yo creí prudente evitar un escándalo, y le aconsejé que no se lo dijera; pero que nos pasáramos inmediatamente á otro hotel más respetable.

* * *

En otra ocasión, encontrábame yo en la sala conventual de un pueblo, en compañía del cura y de unos pocos amigos suyos, cuando se presentaron llorando tres mujeres que, echándose á los pies del párroco, le suplicaron que recibiese los cinco pesos que le traían, porque no les había sido posible conseguir más. El cura se mostró inflexible, y después de un conmovedor debate entre la triste indigencia, de un lado, y la dura avaricia, de otro, el cura exclamó con impaciencia: “no, no; empeñen esas sortijas que dicen, ó vendan el burro que tenía el difunto, porque no lo entierro por menos de ocho pesos”; y les volvió la espalda, metiéndose en su cuarto.

Después de algún rato, volvieron las mujeres y consignaron silenciosamente los ocho pesos en las manos del cura.—“Bien, bien; no son más que unas mañosas. Está bien; que lo alisten todo para las cinco de la tarde;” y dirigiéndose á nosotros, añadió el cura con tono agazajador: “Ya tenemos para el trago.”—“ ”Juan! corre á traer media docena de cerveza.

Yo sentí una repugnancia invencible de participar de aquella inicua libación, que representaba, Dios sabe cuántos sacrificios de aquellas pobres mujeres; y tomando mi sombrero, me retiré en el acto.

* * *

Refiriendo yo más tarde este episodio á un amigo mío, en uno de los pueblos andinos de la misma

nación, me dijo: "Eso no es nada; voy á contarle lo que sobre el particular sucede por aquí.

Las palabras de este sujeto merecen entero crédito, porque á más de ser católico y conservador, hace mucho tiempo que conoce el país, y en el seno de la confianza, suele tener sus expansiones.

Trataremos de abreviar, omitiendo las mil estorsiones que me refirió, cometidas por los curas sobre sus sencillos feligreses, con motivo de mil patrañas y supercherías inventadas y fomentadas por ellos para sacar dinero á su devoto rebaño.

Según mi dicho amigo, hubo en su pueblo un cura que cuando le daba la gana se negaba á ir á confesar y sacramentar (esto no produce dinero) á algunos moribundos, de lo cual resultaba que algunos morían sin recibir los últimos auxilios de la religión.

Uno de los deudos de uno de éstos, puso su queja ante el superior respectivo, y apenas notificaron al cura dicha acusación, dijo con el mayor desenfado *que él se reía de ella, y que ya vería lo que le iba á pasar al insolente que se había atrevido á levantar la voz contra su párroco.*

Efectivamente, pasaron pocos días cuando vino la orden de prisión y destierro contra aquel honrado padre de familia. Sucedió que el Gobierno estaba amenazado por todas partes con conatos de una insurrección liberal, y el tirano que entonces reinaba tenía su principal punto de apoyo en los curas, cuya palabra era atendida como un oráculo, cuando se trataba de un denuncia cualquiera de conspiración.

*
* *

No hace tres años, continuó mi amigo, que tuvimos aquí un curita que frecuentaba con asiduidad el colegio de niñas del lugar, so pretexto de ir á explicar la doctrina. Bien pronto se apasionó de una de las niñas más grandes de la clase, de condición un poco humilde, pero de muy buenas prendas personales. El cura consiguió intimarse arteramente con su sencilla madre, é infuyó para que la retirase del colegio. Desde entonces escasearon las visitas doctrinarias al colegio, en tanto que menudeaban las que á toda hora dedicaba á su alumna predilecta. Empezó su sistema de corrupción mandando licores á la casa para ofuscar la razón y malear la resistente virtud de su inocente víctima.

El punto es bastante escabroso y hay que pasarlo á salto de cabra. El hecho es que un día (era de día) se agotó la paciencia del infame, y viendo que ya nada podía por medio del licor, sacó su revólver, y, borracho ya y presa de una lubricidad bestial, consumó, bajo la influencia del terror y de la violencia, el sacrificio de su víctima, casi en presencia de su madre (¡qué horror!), que enagenada y convulsa, daba gritos de desesperación.

Aquel perro abominable tuvo todavía la audacia de salir, con todo el desorden que es de suponerse en su fisonomía y en sus vestidos, y amenazar con su revólver al tumulto de gente que había acudido de la vecindad.

El hecho fué tan notorio como abominable, y sin embargo, el único castigo que el Sr. Vicario General encontró por conveniente imponer á su autor, fué sacarlo de aquel pueblo y mandarlo á otro, en donde continuó haciendo de las suyas, si bien con más cautela. La autoridad política creyó que nada tenía que hacer en el asunto; y la autoridad religiosa no hizo más dizque *por criticar el escándalo* que resultaría de poner en evidencia á un *ungido del Señor*.

De manera que donde reina el Partido conservador, la sociedad está entregada en *cuerpo y alma* á la rapacidad y concupiscencia clericales, todo para honra y gloria de la Religión. Por esta razón, hizo muy bien un honrado caballero de una capital de Sur América, el cual, viendo profanado su lecho conyugal por un infame sacerdote que frecuentaba su casa, le reventó con su revólver la tapa de los sesos, y se presentó él mismo denunciando el hecho á la autoridad. Un jurado digno é independiente lo absolvió, y la sociedad aprobó aquel acto digno de todo hombre de honor.

Ojalá que este ejemplo tuviera imitadores en todos los padres de familia que son víctimas de su candorosa confianza para con estos pícaros de sotana.

*
*
*

¿Y qué dice Ud., continuó mi amigo, de la costumbre sin nombre que tienen algunos señores curas de nuestros pueblos de indígenas de la sierra,

de hacer que cada mes le manden las madres á su convento á las hijas que van entrando á la pubertad, para que vayan á aprender *su oficio de mujeres*? ¿Es esto otra cosa que *las primicias del sexo*, sacrificadas en aras de la concupiscencia monacal? ¿Es esto otra cosa que el *infame derecho de pernada* de que nos hablan las crónicas feudales?

Pero ¿qué cosa podrá ser increíble, tratándose de estos señores, que enseñan á sus sencillos feligreses que *nada* se le puede negar al cura, so pena de irse á los infiernos?

¡Y todo esto pasa en el país más católico y más conservador del mundo!

*
* *

Ya que para estas lindezas, «*el Papa está en Roma*», según el cínico decir de nuestros jóvenes levitas del hotel de marras, bueno será que la Policía, que sí puede estar en todas partes, esté bien sobre aviso para poner á buen recaudo á estos frailes forragidos que así se burlan de la sociedad como de la religión que predicán.

No haya, pues, fuero eclesiástico para los sacerdotes corrompidos.

*
* *

Pero busquémosle la moraleja al asunto que nos ocupa, que bien lo merece.

Lejos de nosotros el querer deducir que si cierta parte de la sociedad y del clero del país de que tratamos son corrompidos, lo deban á la religión

católica que profesan. ¡Líbrenos Dios de semejante barbaridad!

La verdadera explicación, no es otra que la de estar el país regido y gobernado, desde tiempo inmemorial, por el partido conservador, por ese partido que siempre ha pretendido tener en su seno el monopolio exclusivo de toda moralidad.

Dije en otra parte que el partido conservador está obligado, *por necesidad de su existencia*, á tolerar al clero *ciertas debilidades humanas*; y ya hemos visto hasta dónde llega esta tolerancia. Voy á demostrar ahora que ningún país regido por el partido conservador puede tener jamás un clero virtuoso ni una sociedad moral: lo que se nos vende con este nombre no es otra cosa que una profunda y refinada hipocresía.

Voy á poner el dedo en la llaga, con permiso de esos señores.

El Partido conservador no tiene en su programa ningún principio de vital importancia social, ningún ideal capaz de seducir y arrastrar bajo su bandera á las masas populares ni á los hombres de razón. Esta falta de savia propia, esta *deficiencia ingénita* lo ha obligado siempre á buscar un punto de apoyo en el Clero, que, degenerado de su primitiva vida evangélica y seducido por los goceas de todas las intemperancias de la carne, se ha encariñado grandemente con la idea de predominio que el sacrílego consorcio con los tiranos de la tierra le asegura.

De esta abominable alianza resulta, que el Clero, valiéndose de su dominio sobre las conciencias,

afianza el poder político de su aliado, imponiéndoles á los fieles una ciega obediencia á los gobernantes, so pena de irse al infierno, *porque el poder del Gobierno viene de Dios*. Esto, si el Gobierno es *conservador*; porque si es *liberal*, entonces predicán lo contrario (como podría probarlo con documentos de alta autenticidad); entonces dicen que es un deber hacerle la guerra, so pena también de irse al infierno, *porque el poder del Liberalismo viene del demonio*. ¡Que ingenioso ardid para engañar imbéciles!

El Partido conservador, por su parte, le presta al Clero la fuerza de su brazo, para hacer prácticamente inviolable y sagrada su voz omnipotente.

En cambio de estas recíprocas concesiones positivas, cada uno queda *naturalmente* comprometido á tolerar al otro *ciertas debilidades humanas*, ya que no es posible cobrarse hechura entre sastres.

¡Ira de Dios! y todavía no se desborda la cólera de los pueblos contra tanta iniquidad!

*
* * *

Después de haber discurrido un poco sobre estos *edificantes* asuntos, mi honrado interlocutor me dijo con solemnidad y como herido por un rayo de luz, á favor del cual se entreveía la disposición del futuro converso.

«¿Y tendrá y practicará el Liberalismo, junto con su bello programa social y político, todas esas virtudes que exige de los conservadores y de su Clero?»

—«Seguramente que sí, le repliqué con viveza; ciertamente que es ése su ideal, y para llegar á éb es para lo que exige del Clero el cumplimiento estricto de su deber,—buscando en él únicamente un aliado *para el bien*, en vez de un comanditario *para el mal*, como lo hace el Partido conservador».

—«Y si el Partido liberal se ab-roga la primera supremacía, fiscalizando al Clero, ¿quién lo fiscalizará á él mismo?»; repuso con gravedad mi interlocutor.

—«Dics, en el cielo; y en la tierra, los hombres de buena conciencia», repliqué.

«El día en que le falten estas sanciones, sucumbirá irremediabilmente, *porque sin virtud no hay nada estable*».

¡Oh egregios liberales! Vosotros sois los últimos redentores de la humanidad; no defraudéis jamás las esperanzas del mundo!

FIN.